

1

La plaza del pueblo hervía con el bullicio de la gente arremolinada en torbellino frente al balcón del Ayuntamiento, a la espera de que el pleno consistorial hiciera acto de presencia y les comunicara el motivo por el que el pregonero los había apartado circunstancialmente de sus tareas cotidianas. El reloj de la iglesia marcaba las doce y el sol picaba con fuerza aplastante. La sequedad habitual de las baldosas comenzaba a desaparecer ante el hecho de que los concurrentes, en vez de glándulas sudoríparas, parecían tener grifos por los que fluían las más apestosas esencias. Porque apestar, apestar, y era lógico si tenemos en cuenta que éste venía de apacentar los borregos, aquél había estado trajinando en el granero, y el de más allá les había estado echando de comer a los cerdos. En fin, cual más, cual menos había aportado a la reunión los bencenos de su cotidianidad y ahora se veían todos obsequiados con el caliente jugo de sus cuerpos brotando a manantiales.

Aunque las doce era la hora convenida, toda aquella marabunta humana se había agolpado allí con mucha antelación, conforme a la costumbre de las gentes sencillas de, por si acaso, quedar dos ratos antes del rato convenido, de modo que citarse para las doce suponía concurrir a las once u once y media, más o menos. Hacía ya rato, pues, que el populacho aguardaba impaciente a sus mandatarios, y los nervios comenzaban a aflorar en forma de empellones, eructos, vaivenes de la garrota y algún esputo volandero que, en sus desplazamientos, venía a posarse sobre los lugares más dispares. Las moscas acompañaban solícitas a los congregados, y el fósil de algún resto de vaca pisoteado y esparcido alegraba las alpargatas con su pegajosa consistencia. Los que no habían bajado a la arena del trasunto de Verona se asomaban a las ventanas, unos para mirar y así enterarse de algo desde una atalaya privilegiada, sin riesgo para sus integridades físicas en caso de batalla campal, otros para regar las macetas y calar los huesos del que estuviera bajo ellas, hecho éste que provocaba la aparición de un impropio como cosa muy natural y espontánea.

— ¡Ya sabemos que hace calor, pero, hombre, un respeto...! — gritaba uno, mirando hacia arriba.

— ¡Echase el agua en los cojones! —profería otro.

Conforme pasaban los minutos, la muchedumbre crecía en impaciencia. Los chismes circulaban en oleadas, atravesando como dardos el vacío de sus cansados cráneos y yendo a rebotar en los soportales del fondo para reiniciar su periplo, que no cesaba hasta que el rumor primigenio había dado una vuelta completa al ruedo, salvo que fuera lo suficientemente interesante, en cuyo caso daba vueltas hasta marearse e incluso recibía la ovación del público y hasta las orejas y el rabo del alcalde, si estuvieran a tiro. Y, hablando del rey de Roma, los asistentes se impacientaban y miraban en todas direcciones, temerosos de que, no lo quisiera Dios, el edil se hubiera confundido y asomara el hocico por la taberna en lugar de por la alcaldía. No en vano, un sutil olorcillo a vino peleón o coñac del no muy bueno podía a veces denotar su presencia. Por ello olfateaban sin cesar, convirtiendo sus fosas nasales en radares que se esforzaban en detectar al enemigo, si bien, en lugar de información, solían recibir un piojo rebotado de la calva de enfrente o un leve aroma a intestino revuelto que se esparcía como una mala plaga.

— ¿Es que tas colao por el retrete, alcarde? —gritaba uno, harto de esperar.

— ¡Anda y asoma, que me tiés los pies cocíos! —gritaba otro con vehemencia oratoria equivalente.

Y más de un alma empezaba a tener cansina en las piernas y tortícolis de tanto mirar para arriba.

— Yo me vuelvo con los verracos, que apestan lo mismo que la gentuza esta, pero me queo sentao —amenazó un tercero ante la indiferencia general.

Dentro del Ayuntamiento, los concejales miraban por las ventanas, comprobando que todo el pueblo estuviera presente. Martín Martínez, el orondo sargento de la Guardia Civil, pegaba su nariz a los cristales y la restregaba de un lado a otro mientras oteaba el horizonte.

— ¿Están ya, Martín? —preguntó desde su corta estatura don Anselmo, el alcalde.

— Sí... —respondió Martín—. No... No sé... —dudó a continuación, con la vista fija en la plaza y contando con los dedos—. Oncedocetrece... treintatreintiunotreintidós... ¿Después del treintidós cuáló va?

— ¿Cómo que cuál va? ¿Es que no sabes contar?

Martín miró ceñudo a don Anselmo.

— Yo pego ostias, no hago cuentas —respondió.

— ¡Yo sí sé cuál va! —afirmó, dedo en alto, Alfonso Peteta, teniente de alcalde—. Treinta y tres.

— Treinta y tres guantazos te daba yo... —le espetó don Anselmo a Peteta, sin culminar el amago de sopapo, mientras Peteta daba un respingo.

— Deso, deso sí sé yo, deje, deje —sentenció Martín avanzando hacia don Alfonso mientras se arremangaba el brazo derecho—. Verá qué de puta madre me sale.

— ¡Martín! —lo conminó el alcalde—. ¡Baja esa mano y estate para el cristal ahora mismo!

— Sus órdenes... —Martín calmó el instinto de su brazo y volvió a hacer de ventosa en el cristal, contando con los dedos—. Unodostrescuatro...

— A ver, Alfonso —ordenó don Anselmo a Peteta—, pásame el discurso y mira que no le falte ni una coma. Genaro —se dirigió al concejal de Cultura—, acércame el sombrero y pásame el cepillo por el traje. Los zapatos... ¡A ver quién me limpia los zapatos! Tú, Casimiro —señaló al concejal de Urbanismo—, a por el betún.

— No queda, excelencia —respondió Casimiro

— ¿Y para qué tienes la lengua, si puede saberse?

Casimiro dudó.

— Pues...

— ¡Yo sí lo sé! —volvió a exclamar Alfonso, que daba inquietos saltitos con el dedo como estandarte.

— ¡Tú te callas! —le increpó el alcalde.

— ¡Oh, vaya...! —refunfuñó Alfonso dando un gancho de derecha al aire—. Con lo fácil que era ésta...

Mientras Genaro cepillaba los lomos de don Anselmo, Casimiro se las veía a lametones con las cordoneras, y el teniente de alcalde se palpaba nervioso la chaqueta, hurgando en ella a la búsqueda del discurso.

Finalmente tocó el bolsillo trasero del pantalón y suspiró aliviado. Martín seguía babeando en el cristal.

— ...diecicinco dieciseis diecisiete...

— ¿Están ya o no? —le preguntó don Anselmo.

— Pos estarán, yo qué sé —respondió Martín, sin convicción—. A mí siempre me salen treintidós al contarlos... Unodostrescuatro...

— Con tus cuentas nos vamos a tirar aquí toda la mañana. ¡Quita de en medio, cabezabolo! —gritó el alcalde, intentando apartar de la ventana la grues mole del sargento.

Martín abandonó la cuenta y se volvió enfadado al alcalde.

— ¡Pero esto qué es, tanto chillío, tanto chillío, como si tuviá uno cara micrófono! ¡Que soy la autoridad, y me se debe un respeto! Asómese usted y cuéntelos, si es tan listo, a ver hasta cuántos llega.

— ¡Quita! —don Anselmo se asomó a la ventana y en ese momento un tomate se aplastó en el cristal, justo delante de él.

— ¡Salgáis ya, coño, que me dan gómitos del sol! —gritó una voz de abajo.

— ¿Habéis visto? —se indignó don Anselmo, apartándose instintivamente del cristal—. ¿Pero habéis visto? ¡Un tomate! —exclamó, mientras se pasaba el pañuelo visiblemente enojado por la frente, como si el tomate lo hubiera alcanzado en realidad—. ¡Me han lanzado un tomate a mí, a mí, al alcalde!

— Bueno, pues pa la ensalá —repuso el sargento.

— ¡Martín!

— Yo era por hacer un bien —aseguró Martín.

— ¡El bien lo vas a hacer ahora mismo! ¡Sal al balcón y anúncianos!

— ¡Y una leche!

— ¡Martín!

— ¡Que no me da la gana! Y no me llame más, que me va a gastar el nombre.

— ¡Te ordeno que salgas al balcón!

— Sí, pa que reciba las ostias yo primero...

— Te lo digo como alcalde —insistió don Anselmo, estrangulando un exabrupto—. Sal delante de mí o te enteras de lo que vale un peine.

— ¿Un paine? —el rostro de Martín se preñó de indignación — ¿Que no sé yo lo que vale un paine? ¡Al primero que me se acerque le arranco los güevos dun tiro! —dijo al tiempo que sacaba la pistola de su funda—. ¡Tos pafuera! —los concejales levantaron instintivamente las manos y se pegaron a la pared; luego pusieron rumbo al balcón—. Así, así me gusta, obedientes. Y arreando, que es... Bueno, arreando. Y un paine vale dos euros, listo...

Como compensación de la sufrida espera, las carcajadas fueron generales cuando los jefes de la villa se asomaron al balcón encañonados como reos, con los brazos en alto.

— ¡Que los registren, que los registren! —gritó uno.

— ¡Así con tós los chorizos! —recomendó otro.

— ¡Viva la Guardia Civil! —vitoreó un tercero.

El alcalde se arreglaba el sombrero y miraba a Martín, que agitaba el arma usándola como una vara para azuzar animales. Cuando ya estuvieron todos en su sitio, Martín guardó la pistola en su funda y les indicó con un gesto que ya estaban libres y podían dar comienzo a la ceremonia. La gente abajo se retorció de la risa, y algunos hasta se daban algún que otro revolcón abrazándose con fuerza el estómago y golpeando el suelo a cada risueño espasmo. Las hembras del lugar sacudían sus delantales y los niños exhibían sus lenguas al tiempo que ampliaban la capacidad de sus pabellones auditivos con las manos. Algún que otro perro, que ni sabía de qué iba la cosa ni se iba a enterar por más que se la explicaran, animado por el general tumulto, se sumaba también con ladridos secos a las imprecaciones del populacho.

— ¡La perpetua! ¡La perpetua!

— ¡Pasadlos por el garrote!

— ¡Guau! ¡Guau!

Martín se arrimó a la derecha del balcón y procedió a realizar excavaciones nasales en busca de algún que otro fósil mucoso, como si en adelante la cosa ya no fuera con él. Los concejales trataban de recomponer el

tipo, y el alcalde se arrimó a la baranda para comenzar su alocución, pero entonces se percató de que su reducida estatura impedía que se le viera algo por debajo del entrecejo.

— Alfonso —susurró el alcalde—, tráeme un taburete, rápido.

— ¿De cuántas patas, excelencia? —preguntó el interfecto.

— De nueve, si te parece —respondió entre irónica y desesperadamente don Anselmo.

— Voy.

Alfonso entró corriendo a la sala. Don Anselmo, por su parte, levantó de nuevo los brazos, esta vez en petición de silencio al auditorio, que estaba gratamente impresionado y divertido por la original puesta en escena. Al cabo de un momento, el teniente de alcalde volvió con las manos vacías.

— Excelencia —dijo—, taburetes de nueve patas no nos quedan, sólo de tres; bueno, tenemos de cuatro, pero son sillas, no taburetes. Lo sé porque tienen respaldo.

El alcalde se agarró con fuerza la chistera y se lió a empujones con su segundo, ante lo cual la concurrencia profirió nuevas risotadas y volvió a tirarse al suelo con espasmos estomacales tan acentuados, que más de uno sintió humedecido el cobertor de sus partes nobles. Luego entró él mismo a por un escaño y, una vez se hubo acomodado, volvió a reclamar quietud entre los asistentes y atención para lo que tenía que decirles.

— ¡A ver, señores, calma! ¡Por favor! ¡Orden, orden! ¡Un poco de calma! —pero abajo ni caso—. ¡Silencio, hagan el favor, silencio, si...! ¡Sileches! ¡Martín, haz que se callen!

— Sus órdenes —Martín se acercó al medio, pegó dos tiros al aire y de inmediato las voces se transmutaron en un susurro—. ¡Callarse, tajo burros —Martín señaló al alcalde—, que va a hablar éste! —don Anselmo lo miró de reojo—. Quiero decir, el alcalde.

Don Anselmo agradeció a regañadientes su labor al sargento con una ceremoniosa inclinación de cabeza, que casi lo desequilibra y lo tira del pequeño banco sobre el que se había subido, y, acto seguido, comenzó su discurso. Para ello colocó debidamente ante sus narices los pliegos que le había preparado Peteta, y de cuyas manos había arrancado de un tirón.

— ¡Ciudadanos! —leyó—. Estamos aquí reunidos para dos kilos de tomates, cuarto y mitad de bacalada, un boniato, cuatro berenjenas... Pero... pero ¿qué es esto? ¿Qué leches me has dado, Alfonso?

— ¡Huy! —exclamó éste, llevándose la mano a la boca—, me parece que me he confundido, ésa es mi lista de la compra. Me la hizo mi señora esta mañana y se ve que, con los nervios, sabe usted...

— ¡Cierra la boca y dame el discurso ahora mismo, catástrofe con patas!

— Es que... —titubeó Alfonso, rebuscándose en los bolsillos, con cara de circunstancias— ...me parece que me lo he dejado en casa.

— ¿Cómo? —don Anselmo comenzó a desfigurarse.

— Yo esta mañana sólo me he echado este papel y... Bueno...

— ¡Ya hablaremos luego! —don Anselmo contempló el mar de boinas que aguardaba expectante y sin atreverse a soltar una leve risita por miedo a los prontos artilleros del sargento—. ¡Ciudadanos! ¡Amigos de Villagollete del Páramo! ¡Gente noble y bien criada de este pueblo soberano! ¡Compañeros!

— ¡Putá parió! —gritó una de las boinas—. ¡Al grano, al grano!

Don Anselmo sonrió, hizo gestos con la mano para acallar a la concurrencia, se arregló el nudo de la corbata y reinició su arenga.

— ¡Estemos tranquilos todos, señores, y nos entenderemos mejor! Los hemos citado en este sitio y a esta hora porque hay un pequeño problema, del que todos somos conscientes.

— ¿Que somos qué? —preguntó uno abajo.

— Conscientes, he dicho conscientes —respondió don Anselmo.

— Ah, vale, pue seguir —aceptó el uno.

— Muy amable —agradeció el alcalde con risa nerviosa—. Bueno, pues, como decía, todos somos conscientes de dicho problema, y tenemos que darle una pronta solución si no queremos que nuestra convivencia se vea perjudicada por...

— Y eso de conscientes, ¿qué es? —volvió a preguntar la misma voz de antes.

— Consciente quiere decir que lo conoces bien, que lo sabes con certeza.

— ¿Con qué?

— Con seguridad, con seguridad.

— Ah, vale, pué seguir.

— En fin —prosiguió el alcalde—, que debemos tomar una decisión al respecto. Apenas hace falta que os mente cuál es el problema que nos acucia, pero como me gusta ser riguroso, conforme ya sabéis que ha sido mi comportamiento en este Ayuntamiento desde que todos vosotros, queridos vecinos, me honrasteis con vuestro voto, sin ocultar ninguna información de interés general y actuando desde mi sillón con toda la honradez y transparencia que se os debe y que espero tener tiempo de demostraros con firmeza en años sucesivos, si me volvéis a honrar con vuestra confianza en las urnas, he decidido que... que... —en voz baja—. Alfonso, me he hecho un lío... ¿cuál es mi decisión?

— Que les iba a explicar el problema.

— Ah, sí... —al auditorio—. Pues voy a exponeros brevemente cuál es el asunto. Hace ya algún tiempo que en nuestro cementerio ocurren cosas muy extrañas. Todos sabéis ya de las reiteradas denuncias de asaltos, verbales y corporales, que nos han presentado algunos de nuestros convecinos y, cual más, cual menos, todos habéis escuchado u os han contado algo acerca de escándalos, gritos y expresiones soeces que es posible escuchar sin tener que acercarse demasiado al muro. Cuando recibimos las primeras quejas, Martín envió una inspección a quienes quiera que estuviesen organizando tales disturbios, pero su sorpresa, y la nuestra, fue mayúscula cuando nos enteramos de que el único habitante del cementerio es, como viene siendo desde siempre, Agustín, el enterrador, aparte de nuestros difuntos, que descansan allí en paz y no se meten con nadie. Ante las siguientes protestas que se nos fueron presentando, volvimos a mandar nuevas inspecciones, pero el resultado fue idéntico en todas, es decir, que el único ser vivo por aquellos lares es Agustín, que, además, y como sabéis, tampoco es muy sociable que digamos. De cosas posteriores os considero suficientemente bien informados y no es preciso hacer un recordatorio de todo ello.

— Qué bien habla don Anselmo, ¿verdad? — dijo Alfonso en susurros a Martín, que no respondió nada porque estaba muy atareado cazando con el dedo una presa dentro de su nariz.

— Por consiguiente, concluimos —prosiguió el alcalde— que los sinvergüenzas que andan trajinando por ahí son muy listos y se esconden o huyen cuando huelen que nos acercamos. Agustín nos dice siempre que no sabe nada, y nosotros no tenemos ni pruebas ni argumentos para obligarle a revelar alguna cosa. Al vernos impotentes para obtener resultados en ningún sentido, nosotros, el pleno consistorial, hemos decidido plantear públicamente el problema para que todos juntos deliberemos y optemos por el resultado más conveniente a nuestros intereses. Y no olvidemos que es nuestro deber velar por la integridad intelectual de nuestros tiernos infantes, que pueden aprender y asimilar semejantes modos, y procurarnos con ellos más fama de burros de la que ya tenemos. He dicho.

La multitud aplaudió entusiasmada las palabras de don Anselmo, que saludaba a la afición como si hubiera rematado una fastuosa faena en Las Ventas. Sus acólitos le daban palmaditas en la espalda, y él se las agradecía con sonrisas y toquecitos de hombro. Después de todo, el despiste del señor Peteta había sido oportuno, ya que había demostrado al auditorio sus innatas dotes oratorias y la dignidad de su porte al dirigirse con convicción a las masas. Acto seguido, se propagó rápidamente un murmullo entre el gentío, parto potencial, a lo que se veía, de una idea salvadora y expeditiva que zanjara en un abrir y cerrar de ojos la cuestión. Don Anselmo aguardó unos instantes en el balcón a la espera del gran remedio y, al cabo de poco tiempo, una voz clamó en la plaza.

— ¡Yo tengo el arreglo, alcarde! —gritó uno que se acercaba a codazo limpio con la garrota en alto para hacerse ver.

— ¡Ciudadanos! —pidió don Anselmo—. ¡Escuchemos con atención lo que nuestro convecino tiene que decirnos! —las voces volvieron a acallarse.

— Mire usted —explicó el de la garrota—, nos acercamos mú despacico, mú despacico pa que no se enteren, y, cuando estén en toa la juerga o lo que sea, les soltamos a los perros pa que los espiacen, y cuando hayan terminaio entramos nosotros y cogemos los restos y se los echamos de comer a los cochinos. Es bueno, ¿no?

— Hombre —respondió el alcalde tras una fingida meditación—, eso es una animalada. No les vamos a soltar a los monstruos que tenéis por perros. Eso es desproporcionado.

— ¿Despoqué? —pregunto una voz de timbre ya conocido.

— ¡Que es más de lo que debería ser! —explicó visiblemente irritado don Anselmo.

— Ah, vale, pué seguir.

— Y, además, que no —insistió el alcalde—, que, si hacemos algo así, se nos puede acabar cayendo el pelo. ¿No es cierto, Martín?

— ¿Qué? ¿Cuálo? —el sargento acababa de bajar de las nubes—. Es que me estaba sacando una cascarria de la oreja y no he oído ná. Como tengo los dedos tan gordos me se atrancan cuando me hurgo. ¿Qué pasa?

— Un día de estos vamos a tener unas palabras muy serias tú y yo —le dijo don Anselmo al sargento; Martín se encogió de hombros, se miró la uña del dedo meñique y procedió a introducirlo en la otra oreja; don Anselmo se dirigió de nuevo a la muchedumbre—. La primera propuesta ha sido rechazada. ¿Alguien tiene alguna otra?

— Alcarde —propuso otro—, yo, si nadie va a hacer ná pa que el asunto se arregle, lo que voy a hacer lo tengo mú claro. A las primeras que me injurien o me increpen, llamo a mi Anselma y les arrea dos guantás que los pone a tono.

— O les zumbamos a mi mula —dijo el que estaba al lado del anterior—, que pal caso es lo mismo.

— ¿Me estás insultando a la parienta, por una casualidad?

— Hombre, no digo yo que en las orejas y en el hocico no se diferencien algo, pero lo que es los pedales los tienen lo mismo.

— Jacinto, que te viá dar una bofetá...

— ¿Una bofetá? Cuarenta euros me vas a dar, que te los presté el mes pasao y entavía no me los has devuelto.

— ¿Qué te viá devolver? ¿Qué te viá devolver? ¡Si eso es más mentira que tó las cosas!

— ¿Que digo mentiras yo?

- ¡To mentiras ná más! ¡Y gordas!
- Cipriano, que te doy con la gayá...
- Jacinto, Jacinto, que te espellejo...

Cipriano no se anduvo con chiquitas y le arreó un garrotazo en la cabeza a Jacinto, el cual respondió con una patada en los genitales de Cipriano. Los de alrededor se dispusieron a separarlos, pero en el follón recibieron algún que otro cachete y, malentendiendo su origen, propinaron golpes cada uno al que con él estaba. Entonces los amigos de ambos intervinieron y convirtieron la plaza en un enfrentamiento de Montescos y Capuletos. El populacho se dividió en dos bandos, uno que apoyaba las ideas de Cipriano y otro que otorgaba su favor a las de Jacinto. Cada cual hizo suya la causa, y empezaron a sacudirse leña como si sus vidas dependieran de la veracidad de la deuda de cuarenta duros, o del posible o imposible parecido entre la Anselma y la pobre mula, que a nadie había pedido opinión, y a buen seguro estaría ahora muy a gusto atiborrándose de alfalfa con otros miembros de su especie.

El centro de la plaza se convirtió en un hervidero de golpes. En los soportales, las viejas se tiraban los bolillos a la cabeza, los niños convertían los pedruscos en chichones, y el boticario se ponía delante del escaparate, sabedor de que resultaba más barata el árnica que un arreglo de cristales. Allá en las alturas, cual triste rapaz oteadora de lejanos horizontes, el alcalde se tiraba de los pelos de las patillas y echaba humo por las orejas en cantidades industriales.

- ¡Animales! ¡Bestias! ¡Salvajes! —gritaba.

Pero entre tanto seso roto y tanto hueso astillado, los combatientes atendían sólo a que el próximo golpe no les fuera a dar a ellos. El alcalde siguió profiriendo insultos como un poseso y, en vistas de que nadie le hacía puñetero caso, agarró por la pechera a uno de su séquito y empezó a insultarle a él como si fuera el culpable de lo sucedido. Inmediatamente cogió a otro del bigote y se lo arrancó de un tirón, mientras escalfaba a patadas unas cuantas partes nobles, dejando inutilizado un buen sector de su gabinete. En previsión de males, Martín Martínez sacó la pistola de su funda y la puso delante de sus bajezas, no fuera que alguna coz se escapara en semejante dirección, en cuyo caso tendría al menos ocasión de defenderse.

La pelea de arriba acabó adoptando un cariz semejante a la de abajo pues, salvo el sargento, que se parapetó tras un macetero, todos se sacudían el polvo unos a otros con feroz saña. Y parecía no ir a producirse contaminación de ningún tipo entre ambos enfrentamientos hasta que Martín, cuando intentaba esquivar un bastonazo, pisó en un ladrillo un poco suelto y éste cayó abajo, yendo a parar a la boina de un labriego, con tan mala fortuna, que llevaba al labriego debajo. Acto seguido, un adoquín salió disparado hacia el balcón, justo a la cabeza del alcalde, que se dobló como un árbol al viento. Uno de los concejales retomó el adoquín y lo devolvió a su lugar de origen, pero en el camino se interpuso otro labriego. Viendo abollada su poblada sien, el susodicho lanzó arriba la garrota, y el intercambio de objetos varió el sentido de la batalla, dándole un ligero toque revolucionario. El alcalde, recuperado, intentó defender su fortaleza y, en un arranque de patriotismo, arrojó al auditorio una silla de falso estilo Luis XV, pero, como el enemigo no se amedrentaba, volvió a la ofensiva y, con la ayuda de los concejales que aún quedaban en pie, tiró esta vez la mesa larga de su despacho, mientras gritaba: ¡y encima me la vais a pagar!, señalando al mueble. En esto llegaron refuerzos del campo con munición en forma de patatas y tomates. Todos los de la almena se miraron unos a otros e, imaginándose la avalancha que se les avecinaba, emprendieron la retirada ante los gritos y silbidos de los oponentes y la rotura de algún que otro cristal de los ventanales.

Durante toda la fiesta, el cura estuvo en el campanario. Se acomodó lo mejor que pudo y, entre risa y risa, se atizaba un pincho de alcachofa con anchoa y un sorbo de vino añejo, y así, sencillamente, pasó su ratito de la mañana antes de misa, alegrando el espíritu con las barbaridades de sus feligreses. Le había llegado a las mientes, a lo largo de semanas y semanas, todo tipo de noticias sobre el particular del día, cada una más disparatada que la anterior, y todas, a su parecer, inoculadas con el virus de la locura, razón que le llevaba a no extrañarse por el pintoresco arrebató bélico de sus coterráneos. Total, los villagolletenses eran como niños, pero niños bestias. Por más que los sermoneaba, nunca era suficiente. A pesar de todo ya se había convencido de que desbestializar Villagollete no iba a ser tarea de un día, y se tomaba las cosas con relativa tranquilidad.

El único que recibió algún tipo de beneficio fue el esforzado boticario. Bien es cierto que le dejaron la cabeza como un parachoques usado, que su bata pasó a bayeta y que los dedos le bailaban en las junturas, pero el cristal

del escaparate resultó ileso y luego, por la tarde, se le formaron colas a la puerta de la farmacia para comprar esparadrapo, yodo y vendas.

Dentro del Ayuntamiento, los concejales, bastante maltrechos, recomponían su tipo y maldecían por lo bajo a los villagolletenses. Don Anselmo se quitó el sombrero y lo arrojó con fuerza al suelo para pisotearlo luego con rabia. Tenía el rostro encendido y los puños tan apretados, que parecían ir a fosilizarse en dos marmóreos bloques al extremo de sus brazos. Caminaba nervioso de un lado a otro de la sala con Alfonso detrás arreglándole la chaqueta y pasándole un cepillo que había cogido de encima de un arcón.

— ¡Aaah! — gritó don Anselmo—. ¡Peteta de las narices! ¡Ése es el de púas!

Alfonso se quedó mirando los jirones en la espalda del alcalde.

— También es mala pata —dijo—, una chaqueta tan bonita.

— ¿Cómo la chaqueta? ¿Y mi espalda?

— Pues detrás, como todo el mundo —respondió Peteta.

— Detrás —los puños del alcalde se abrieron en garras—, con que detrás —Peteta retrocedió asustado—, no delante o a los lados, no, detrás...

— Tampoco la va a llevar arrastrando... digo yo...

— ¿Tú sabes lo que es detrás, Alfonso? —éste negó con la cabeza—. Ven, que te lo voy a explicar —dijo mientras el teniente de alcalde retrocedía a trompicones; entonces don Anselmo se acercó a la mesa camilla del rincón, junto a la ventana, y le asestó un golpe que dejó a todos los presentes paralizados; notó algo celuloso bajo la mano, la retiró un momento y leyó a media voz el contenido de los folios sobre los que, sin querer, vino a apoyarse—. ¡Queridos conciudadanos...! ¿Pero qué...? —se extrañó, y prosiguió leyendo no tan a media voz como él hubiera querido—. Estamos aquí reunidos al efecto de discutir... Alfonsito, guapo, ¿qué es esto?

— Pues... el discurso... creo —respondió Alfonso mordiéndose las uñas.

— Ya. ¿Y no te lo habías dejado en tu casa?

— No sé... yo... Se ve que anoche... —la voz le temblaba.

El alcalde hizo con el papel un ovillo y lo lanzó contra la cabeza de Peteta, que daba vueltas despavorido por la estancia, al tiempo que sus compañeros jaleaban al alcalde, llevado por los demonios, para que le echara el guante. Más parecía aquello una prueba olímpica que una venganza en ciernes. Cuando ambos se cansaron de jugar al quetecojo, don Anselmo se sentó en su butaca, se secó el sudor con un pañuelo y sugirió que abrieran la ventana para que corriera un poco el fresco ahora que todo parecía más tranquilo.

— ¿Sabéis lo que os digo? Que vamos a dejar el asunto en manos de Aniceto, y que él se las apañe como pueda. Al próximo que me venga con una queja relacionada con el cementerio lo mandáis a trillar a la era. Yo me lavo las manos.

— En seguida le traigo jabón y toalla —dijo Alfonso, que tomaba la dirección de la puerta.

— ¡Figuradamente, imbécil, figuradamente!

Peteta dio media vuelta.

— Y ¿con jabón no es mejor? —preguntó—. La roña sale antes.

— ¡Martín! —el sargento hizo el saludo militar y se acercó—. ¡Llévate al merluzo este lejos de mi vista, rápido!

— ¿Le doy dos ostias de paso y lo enderezo? —preguntó Martín.

— No, déjate de violencias. Mañana le enseñaré a tener más luces.

— Yo era por hacer un bien...

— ¡Sí, ya sé que era por hacer un bien! —don Anselmo se levantó y se dirigió a todo su gabinete—. Por hoy hemos tenido bastante. Casimiro, esta tarde redactas una nota y se la mandas a Aniceto. Le dices que desde este momento se le hace encargo de una exhaustiva investigación sobre los altercados del dichoso cementerio y que, descubra lo que descubra, no se olvide de tenerme informado para obrar en consecuencia. Vamos —se quejó para sí mismo—, encima que me digno a consultar públicamente la opinión de la morralla, encima que les hago partícipes de mis inquietudes, me montan una gresca que da vergüenza recordarla. ¡Gentuzá!

— ¿Eso también lo pongo? —preguntó Casimiro.

— ¡Sí, hombre, eso y los cuernos de tu padre, para que adornen!

— No sé si cabrán —Casimiro se alejó pensativo, rascándose la cabeza con un lápiz.

— Ahora dejadme solo —el alcalde se repantingó con gesto agotado en el sillón—. Debo meditar.

Martín se acercó a él como en secretillo.

— ¿Le traigo la botella de meditar, jefe? —le preguntó a Don Anselmo en susurros.

— Eeer, bueno... Sí —aceptó el alcalde—. Ya sabes... el estrés...

— De la marca Estrés no tenemos. Le traigo otra. Pero no medite mucho, que la última meditación le dio por salir a la plaza con traje de lagarterana.

— Sí, sí... —aceptó el otro con visible azoramiento—. No te preocupes.

Martín regresó al poco de la licorera y dejó al alcalde a solas con su coñac. Por el cristal de la ventana resbalaban aún los restos del tomatazo previo a la reyerta, y en el exterior, una vez vuelta la gente a sus quehaceres cotidianos, la paz reinó de nuevo. Tan sólo el escasamente molesto ruido de los niños apedreándose y berreando como posesos podía turbar en algo la intensa meditación a que el alcalde, que llevaba ya dos copas de reflexiones, se veía abocado.

En el cementerio podían incordiar todo lo que quisieran. En adelante sería Aniceto, notario y juez del lugar, el encargado de vérselas con los patanes quejumbrosos que no sabían reconocer cuándo alguien se desvelaba por sus intereses y ponía todo su empeño en solucionarlos. A don Anselmo le importaban todos un pimiento, pero era el alcalde y debía procurar su bien, aunque en estos momentos no tenía la cabeza para estupideces. La mañana le había obsequiado con una colección surtida bien repleta.

Tras la octava meditación, se levantó y salió hipando, no sin antes tropezar con la puerta y un par de sillas que se habían interpuesto en su camino. En Villagollete no quedaba nadie por las calles. Uno de los momentos de mayor recogimiento popular iba a tener principio en escasos instantes. Todos aguardaban con el corazón en un puño a que el trance místico esperado llenara sus cuerpos de nueva vida y les permitiera

continuar soportando el esfuerzo diario con espíritu templado y compostura ante la adversidad.

En efecto, en Villagollete del Páramo era la hora de comer.